

ODA.

[A la memoria del inmortal
poeta D. José Zorrilla.]

Dadme la lira de las cuerdas de oro
la majestad inmensa de los mares,
el laurel esparcido en los altares
y en las baldosas místicas del coro,
dadme el ardiente arrullo
de una dulce cascada de armonías
en eterno y fantástico murmullo;
dadme el sabor de una caricia amante
que endulce todas las miserias mías,
en un pueblo distante
de mis viejas y tristes alegrías.

Dadme la noble majestad del Dante,
la inspiración profunda de Lupercio,
la sencilla expresión de un casto idilio
entre Cintia y Propercio,
las estrofas de bronce de Virgilio,
para que vibre cual lejano canto
en las umbrosas selvas de Castilla,
como un místico encanto.
mi humilde estrofa al inmortal Zorrilla.

Dejad que se levanten mis cantares
á su eterna memoria,
cual el humo que incienso los altares
á la región celeste de la gloria;
dejad que se levante
el sonoro preludio
de esa dormida juventud pujante,
que solo ha sido del tirano sierva,
sin consagrar sus horas al estudio
de las profundas Artes de Minerva.

¿Porqué calla la lira de Calíope?
¿porqué no surge el inspirado verso
de Calderón y Lope?
¿porqué el mismo Tibulo
abandonado á su destino adverso
no me dá su letal melancolía,
y el ardiente Catulo,
en la inclemencia de su suerte ingrata,

con el vivo idiotismo de la orgía,
no me brinda su cítara de plata
para cantar con armonioso acénto,
al que supo imitar en sus cantares,
el rumor imponente de los mares
y la sonora música del viento?

Será preciso que mi canto eleve,
y que falto de ritmo y armonía,
hasta la patria de Cervantes lleve
el luminoso resplandor del día;
hasta esa patria del ingenio cuna,
á donde ahora, su esplendor extinto,
solamente recuerdan su fortuna
los restos de Felipe y Carlos Quinto.

Dejad que mis cantares
se pierdan en las ondas de los mares,
abandonando el triste cautiverio
que han soportado en su existencia impía,
y en pos de un olvidado cementerio
se aparten de mi inquieta fantasía;
que el romántico trino de las aves
volando en torno de veleras naves
repita mis canciones,
y que lleven el ritmo de su acénto,
la música fantástica del viento
y el rumor de celestes oraciones.

Cuando he escuchado las dolientes notas
de esas tiernas canciones orientales,
buscando su armonía en las remotas
é invisibles regiones celestiales,
me ha parecido oír el tierno acénto
con que Byron y Ovidio les cantaron
en su negro tormento,
á las hijas amantes que dejaron
al emprender su desgraciada ausencia,
para no verlas mas en la existencia.

Me ha parecido oír en las ignotas
é impenetrables selvas de Betania,
el rumor encantado de las notas
que en su eterno misterio,
les arrancaba Heine en Alemania
á las cuerdas de un místico salterio.

Me ha parecido oír la cantilena
en que cantó Boanergues su agonía,
cuando miró alejarse á Magdalena
de la vetusta y blanca celosía.

Y ese eterno rumor que me entristece
al escuchar sus cantos orientales,
es el que el viento preludiar parece
con su coro de espectros infernales
en las umbrosas selvas de Castilla,
es el rumor del Universo entero,
es su himno de triunfo, el himno austero
de los sonoros versos de Zorrilla.

Cuando en las tardes, al soplar el viento
en la extensión lejana,
nos parece la nota de un lamento
el son de melancólica campana;
cuando el murmullo eterno de las frondas
sigue el rumor de las tranquilas ondas
del Bétis encantado,
cuando todo es en torno la armonía
del prelude emanado
de dulce y regalada melodía,
cuando las aves duermen en sus nidos,
cuando imperan las sombras y el misterio,
parece que de un viejo cementerio
un rumor acaricia los oídos,
un rumor que repite débilmente
ante la tumba del fecundo Larra,
una canción que e-capa dulcemente
y el corazón sensible nos desgarrá.

Es la vieja canción que imita el viento
agitando la mística campana,
es un remedo del primer lamento
del bardo de la selva y la fontana,
de aquel bardo de clásica melena,
que supo obscurecer con sus cantares:
la canción de romántica sirena
y el murmullo imponente de los mares.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1906 MONTERREY, MEXICO

Yo quisiera tener el ronco acéto
de negras tempestades,
las notas melancólicas del viento
que copia la canción de otras edades,
el rumor de las hojas suspendidas
de arbusto abandonado,
las lágrimas amantes, desprendidas
de esa dulce mujer que nos ha dado
la miel de sus ternuras
en éste negro mar de desventuras.

Todo para cantarte desearía,
igual que las tormentas del océano,
la dulce melodía
que arrancaba Beethoven de su piano.

Más es preciso para bien cantarte,
penetrar en el templo sacrosanto
á donde están la inspiración y el Arte,
y al levantar el canto
que merece tu gloria,
á quien mi eterna admiración inmolo,
escribir en el libro de la Historia
con el fuego de Apolo,
cada una de tus obras, que inspiraron
á la estirpe cristiana,
las Musas del amor que se posaron
en las cuerdas de tu arpa Castellana.

Méjico Enero de 1910.

CARIDAD.

(Para una de tantas
muchachas que tie-
nen la humorada de
pedirme versos.)

Si eres buena, y en el fondo
has tenido oculto un hondo
sentimiento de bondad,
habrás siempre comprendido
que el consuelo al desvalido
es la dulce caridad.

Habrás comprendi lo acaso
que en ese siniestro oraso
de los hijos del dolor,
en la negra lontananza,
una nube de esperanza
es un suspiro de amor.

Tan distintas caridades
y tan diversas bondades
tiene la vida desleal,
que hay quien es caritativo
y contribuye al cultivo
de la semilla del mal.

Hay quien al dar perjudica,
hay quien dando ramifica
el árbol del deshonor,
que la limosna es aciaga
cuando algún vicio propaga
por remediar un dolor.

¿Has visto esos desdichados
del amor desheredados
que van del alibio en pos,
y cuando miran al cielo
no adivinan más consuelo
que la esperanza de Dios?

¿Has visto al pié de las rejas,
en las oscuras callejas

de la ruinosa ciudad,
esas enfermas mujeres
que ajenas á los placeres
son frutos de la orfandad?

¿Has visto esos pobres niños
huérfanos de los cariños
de una pasión maternal,
niños que corren sin freno
por la inmundicia y el cieno
de los caminos del mal?

¿Has mirado esos lisiados
cuyos cuerpos mutilados
nos inspiran compasión,
cuya desgracia nos duele,
cuya suerte nos con duele
y atosiga el corazón?

En todos esos es donde
el Sumo Hacedor escor de
tanta miseria sin par;

la Caridad allí empieza,
donde se halla la pobreza,
donde se oculta el pesar.

Si tu bondadosa eres,
si á otros encantos prefieres
ir de los pobres en pos,
acuérdate del mendigo
que al pedirte pan y abrigo
lo pide en nombre de Dios.

Hidalgo. 1911.

LA ESPADA.

Llegó una tarde Don Suero
con el pecho tinto en sangre,
que manaba de una herida
que el moro Muley Abdahalle,
en los campos de Lucena
le ocasionó con su alfanje,
honor de los Almanzores
y de los Abderramanes

Soltó su puño la espada,
y cuando uno de sus pajes
corrió al instante y la puso
cerca de un busto de Marte,
tembló como si de nuevo
le desgarraran las carnes
y dijo lleno de orgullo
b'andiéndola por los aires:

“Te puso en mis manos la suerte traidora,
pensando sin duda que al fin vencedora
salieras del campo del bravo Muley,
mas ¡ay! que la suerte maldita se engaña,
á mí me vencieron, y en cambio la hazaña
quedó por las huestes heróicas del Rey.

¿En donde tuviste tu trágico engendro?
¿Acaso en la nube que razga el e-truendo
del carro en que viaja Neptuno inmortal?
¿O acaso en el yunque que existe en lo arcano
forjaron tu acero, del viejo Vulcano
los rojos martillos de forma infernal?

¡Misterio insondable! ¡Misterio imposible!
Quizá tu viniste del rayo temible
atada á las crines de rojo corcel;
tú rayos inflamas, tú rayos destellas,
desde que te vieron en las manos bellas
del ángel bendito del Dios de Israel.

Mas ¡ay! que tú has sido terrible instrumento,
no del azulado y ancho firmamento

sino de la fuerza del déspota audaz;
sostén en la tierra del cruel despotismo
y yugo insufrible del vil servilismo;
tú has sido del fuerte defensa mordaz.

¿Qué pueblo en la tierra jamás ha sentido
el peso tirano de algún atrevido
monarca que infunda contigo pavor?

En todas las épocas más que á las leyes,
á tí te han pedido tiránicos reyes
en luchas sangrientas piedad y favor.

Contigo Filipo llevó sus patriotas
al campo florido que riega el Eurotas,
espejo de Esparta y espejo del Sol,
contigo Alejandro llevó á Babilonia
y á Egipto las huestes que allá en Macedonia
fundieron los dioses en magno crisol.

Contigo han luchado cien bravos campeones
llevando á otras tierras sus regios pendones,
contigo han triunfado, no triunfan sin tí,
á ellos ha dado prestigio tu gloria,

duermen en la tumba, viven en la Historia
donde no me es dada la existencia á mí.

¿Porqué á los tiranos tu prestigio escuda
y á mi no me prestas tu valiosa ayuda
cuando por la patria lucho con tesón?

Tú no fuiste engendro de una alma divina,
tú fuiste si acaso hiel de Proserpina
ó baba infecunda del viejo Plutón.

No supiste infame salvarme la vida,
mana sangre fresca por mi abierta herida,
siento algo en el fondo que quiere escapar,
me tiende la muerte su negro ropaje;
espada maldita, espada salvaje,
espada que nunca supiste triunfar,

vé á ser instrumento de la inconsecuencia,
no quiero tenerte más en mi presencia
sostén inhumano del déspota audaz,
ve á ser instrumento para el despotismo,
ve á ser la cadena para el servilismo,
ve á ser ignominia, espada falaz."

Esto diciendo Don Suero
siente la vida faltarle
y sobre las duras losas
en el pavimento cae.

Un encorvado galeno
acercandose al instante,
con la ayuda de la ciencia
intenta al punto salvarle;
por doquiera van y vienen
alabarderos y pajes
de los que han sido custodios
del castillo memorable,
pero todo ha sido en vano,
por la herida del alfanje
se han desatado copiosos
raudales de roja sangre,
todo resulta imposible,
nadie espera que se salve
y unos instantes después
solo un silencio inmutable
reina en el viejo castillo
de torreones y almenares.

Sobre su lecho de muerte,
empapados con su sangre,
se miraban los fragmentos
de la espada, que en dos partes
por el buen Don Suero rota
fué en los últimos instantes.

Monterrey. 1911.

SONETO.

Hay una nota triste en la mirada
de tus ojos profundos y adormidos,
que llega conturbando mis sentidos
en la apacible noche sosegada.

Yo sé porqué tus ojos, disgustada
encubres con tus párpados caídos,
es porque sabes que en instantes idos
á otra jóven mujer llamé mi amada.

Bien sabe Dios lo que con gusto diera
por arrancar del libro de mi vida
esa página enclenque y altanera;

pero ni el mismo sol desde su altura,
podría recoger la luz vertida
sobre el océano inmenso de Natura.

Monterrey. 1911

LA FE CRISTIANA.

[A mi querido amigo Alberto
Capilla en memoria de nuestra
amistad.]

El fruto celestial de la conciencia
es la dulce verdad amplia y divina,
la verdad que es el alma de la ciencia;
que es faro en el dolor; sol que ilumina;
esencia del Creador; bendita esencia
que á las playas del bien nos encamina,
y que en la humana lucha con su aliento
convierte en un titán al pensamiento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

¿Dónde nació esa ardiente poesía
que llamamos verdad? ¿En qué lugares
ocultos de la tierra brotaría,
para flotar por los azules mares
y regar sus raudales de armonía,
lo mismo en los magníficos altares
de los templos de Dios, qué en todas partes
donde alientan las ciencias y las artes?

Fue en la santa Belén; no en un castillo
obra grandiosa de inmortal orfebre,
sino en la paja seca de un sencillo
rincón obscuro de trivial pesebre;
donde una humilde vaca y un asnillo
y un par de mulas que dejara el hiebre,
supieron entibiar con sus vapores
el cuerpo del amor de los amores.

Conducía hasta allí la blanca estrella
sobre la comba del espacio hallada;
iban siguiendo su indeleble huella,
el clásico pastor de la mesnada,
el mozo del tragal, la niña bella,
los viejos cejijuntos, la parvada

de los chicuelos francos y joviales
y los santos monarcas orientales.

Allí sobre el pajar, sin los altares
¿donde llega el fiel meditabundo,
estaba El que arrojó los luminares
como antorchas de fuego en lo profundo;
El que al sol engendró con cielo y mares;
El que hizo estremecer la faz del mundo
y dejó que del cielo desprendida
nos bañara la sabia de la vida.

Allí estaba el Autor del Universo;
El que es brazo de todos los caídos,
El que es ritmo magnífico en el verso
y es latido de amor en los latidos;
El castigo de todo lo perverso;
El sentido de todos los sentidos;
El consuelo de todos los dolores
y El encanto de todos los amores.

El es siempre verdad; es voz sincera
que su influencia magnífica reparte;

en todo el mundo su poder impera;
 triunfa sobre la Ciencia y sobre el Arte;
 en los cielos del genio reverbera,
 de todas las tormentas es baluarte,
 y están sus finas plantas majestuosas
 sobre toda la vida de las cosas.

Sin embargo el profano, el descreído
 de la ciencia de Dios, el ofuscado,
 el que en la cuna del error nacido
 al abismo del mal vá despeñado:
 ese se sueña un Dios no conocido
 y es un pobre Satán encadenado,
 más un Satán que al maldecir provoca
 desesperado en su impotencia loca.

Contra esa turba, de mi pobre canto
 brota un raudal de la verdad humana,
 brota un raudal inagotable y santo
 que de mi humilde corazón emana,
 más con voces rebeldes entre tanto
 ruge á lo lejos la maldad profana,
 que en alas de su error y su cinismo
 vá rodando á las fauces del abismo.

Dejadla caminar, es el destino
 el que su muerte singular provoca,
 y quien la lleva á perecer sin tino
 contra la gran incommovible roca
 de la verdad de Dios por su camino
 vá desgrefñada entre su furia loca,
 á sepultar en carcomida tumba
 su frágil construcción que se derrumba.

Monterrey. 1911.

BALADA.

I

Cuando en las tardes,
solo en mi estancia,
mientras que leo
las horas pasan
y con las horas
la noche avanza,
mil y mil veces
llega y me asalta
como si fuera
negro fantasma,
algún recuerdo
de mi pasada
dulce y alegre
bendita infancia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Cuando era niño,
 cómo gustaba
 de oír la dulce
 y amante charla
 de los labriegos,
 que se juntaban
 en las glorietas,
 frente á una casa,
 cabe los olmos,
 bajo las parras,
 donde el acaso
 los congregaba.

Y cómo entonces
 hasta mi alma
 llegaban siempre
 de aquella charla,
 entre sonrisas
 y entre miradas
 dulces y alegres:
 tiernas palabras.

II

Cómo recuerdo
 las veces tantas,
 en que muy cerca

de una ventana,
 un mozo humilde
 —*canta que canta*,—
 alegres sonos
 al aire daba
 desde las cuerdas
 de su guitarra.

Y cómo entonces
 redonda cara
 tras los postigos
 le contemplaba
 con unos ojos
 que cual dos áscuas
 el alma entera
 le iluminaban.

III

Pasado un tiempo,
 cierta mañana
 de primavera,
 en que cantaban
 las tiernas aves
 sobre las ramas
 alegres trinos,
 dejé mi casa

para ir al pueblo
 donde mi infancia
 pasó tranquila,
 como las aguas
 por entre juncos
 saltando pasan.

La casa aquella
 donde entonaba
 sus tiernas coplas,
canta que canta,—
 el mozo humilde
 con su guitarra;
 estaba á solas,
 y en la ventana
 flotando al aire,
 dos negras bandas
 su triste estado
 me delataban.

En otros tiempos,
 aquella casa
 fue el dulce nido
 de una zagala,
 zagala hermosa,
 zagala blanca,
 por quien cien veces
—canta que canta,—
 hasta los hierros

de su ventana
 llegaba el mozo
 con su guitarra.

IV

Hoy todo el pueblo
 dice cuando habla
 de los amores
 de la zagala,
 que por las noches
 llega á la casa
 cual alma en pena,
 y en la ventana,
 como en sus tiempos
 de enamorada,
 tras el postigo
 se oculta y guarda,
 mientras escucha
 de la guitarra,
 murmullos suaves
 y voces blandas
 que en otro tiempo
 la deleitaban

Dicen que el mozo
 loco se halla

desde la muerte
de la zagala,
que por las noches
llega á la casa
soñando amores,
y que la llama
por el postigo
que la ocultaba,
que en su delirio
cree mirarla
y empieza entonces,
—*canta que canta*,—
sus ilusiones
en la guitarra.

V

Cuentan las gentes
que una mañana,
varios pastores
á la majada
con sus ovejas
se encaminaban,
cuando de pronto,
frente á la casa,
sobre la arena,

cual si soñara,
el pobre mozo
muerto se hallaba.

Y allí á su lado,
sola y callada,
—según contaron
los que allí estaban—
como llorando
la muerte ingrata
del que otro tiempo,
—*canta que canta*.—
iba en las noches
á la ventana
de aquella pobre
vetusta casa,
como sufriendo
sola y callada
sus desventuras
y sus desgracias,
rotas las cuerdas,
aun se miraban
las cien astillas
de su guitarra.

AMOR QUE PASA

Here is a sigh to those
who love me...

Byron.

Yo no puedo negar que en otro tiempo
te quise con delirio,
que fuiste objeto de las ansias mías,
y que aun siendo la cruz de mi martirio
supiste con tus dulces alegrías
alibiar el sopor de mi existencia.

Yo no puedo negar que te haya amado,
yo no puedo negar que fuiste esencia
de un cariño infinito,
que habiéndose de mi alma separado
solo produjo el estertor de un grito.

Yo no puedo negarlo,
 que negarlo sería
 demasiada osadía,
 yo no puedo por muerto despreciarlo;
 fué un amor que brotó como las flores
 entre el fulgor del alba
 que fingía una fiesta de colores,
 para vivir un día;
 un amor que más luego debería
 lejos de mi alma procurar sustento,
 para ser cual la flor que apenas nace
 y luego sacudida por el viento
 en una hermosa lluvia
 de pétalos rosados se deshace.

Fué un instante de amor, en el que amante
 te miré conmovido,
 un instante de amor, que en otro instante
 cambió de forma para ser olvido,
 cambió de forma para ser la hoja
 de la cual en invierno se despoja
 el fatigado arbusto;
 un instante que pasa, como pasa
 serena el agua de apacible río,
 como la ténue gasa
 de una nube ligera en el vacío,
 para perderse luego cual las ondas
 de blando río en el inmenso océano,

como las verdes hojas de las frondas
 en las alas del viento,
 como la nube de vapor liviano
 en los globos de luz del firmamento.

Todo pasa en la vida, cada cosa
 tiene preciso término, si empieza
 á sonar en el alma venturosa
 una nota de júbilo ó ternura,
 aparece de pronto silenciosa
 de nuestra vida en el inmenso cielo,
 una nube infecunda de tristeza
 que siembra el desconsuelo.

Tú sabes que te amé con el delirio
 del apóstol creyente,
 que nunca quise que la luz de un cirio
 llegara á iluminar siniestramente
 los restos del amor, ni que el martirio
 como una ave mortuoria,
 se posara en tu frente
 pura como los besos de la gloria.

Tú fuiste mi ilusión, el ángel solo
 á cuyas plantas ofrendar debía
 los versos de mi númen, para darte
 un ósculo de amor como el que Apolo
 con sus rubios destellos imprimía
 á la ciudad del Arte,
 á la fecunda Atenas

que con la castidad de una sonrisa,
recibía la gloria á manos llenas
en los fecundos campos de Cefisa.

Pero todo ha pasado, deja ahora
que de la herida mane
á torrentes la sangre delatora;
deja que la cascada
del pecho palpitante desatada
sobre mis carnes ruede,
déjala que se e-tanque y que se queda
sobre el cuerpo extendida
simulando la llama de mi vida,
déjala que se quede, que me importa
que con esos raudales
se vaya la existencia, si es tan corta
que cien veces con gusto la perdiera,
por gozar tus caricias virginales
y tus ardientes besos
en otro instante de pasión sincera.
Fuiste un ave de paso, tiende el vuelo
en pos de otras regiones,
ve á sembrar la semilla del consuelo
en otros entusiastas corazones;
fuimos dos aves que buscando el nido
creímos encontrarlo
en un mismo follaje suspendido;
equivocé la senda

y el vuelo interrumpido
á reanudar me apresto, tú entre tanto
resignate á marchar, la barca espera
mejiéndose en las ondas
con indecible encanto,

iluminada por las luces blondas
de un sol canicular; sube á la barca
y aventúrate en pos de otra comarca
donde llegue el amor con ricas mieles
á endulzar el capullo de tu boca,
yo entre tanto del seno de Sibeles
voy á beber el jugo,

para tener la voluntad de roca
y soportar la ausencia como Hugo.

Puedes marchar, es favorable el viento,
no hay nubes que en el ancho firmamento
recorten los relámpagos audaces,
no hay tormentas voraces,
todo se encuentra en calma,
puedes marchar tranquila,
hay solo una tormenta que aniquila
pero esa está en el fondo de mi alma.

Monterrey, 1910.